

SOCIALIZACIÓN Y CARRERAS MORALES EN JÓVENES DESVINCLADOS DEL CONFLICTO ARMADO

Eliana Riaño Barrera*

RESUMEN

Este artículo da cuenta del impacto de los procesos de socialización en la subjetividad de los jóvenes desvinculados, desde una perspectiva que considera integralmente el agenciamiento de diferentes actores sociales en la constitución de una subjetividad civil y ética. Para ello, se caracterizan los contextos de socialización en los que se desarrollan los/las jóvenes desvinculados/as del conflicto armado a través de la identificación de sus carreras morales.

Palabras clave: Desvinculación, desarrollo moral, socialización, conflicto armado.

ABSTRACT

This article accounts for the impact of the socialization processes in the subjectivity of released young people, from a perspective that integrally considers the interaction among different social actors in the construction of a civil and ethical subjectivity. To achieve this, the socialization contexts where young people released from the armed conflict develop are characterized by means of the identification of their moral careers.

Key words: Release, moral development, socialization, armed conflict.

* Psicóloga de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Magister en Psicología de la Universidad de los Andes. Docente Investigadora en la Universidad Manuela Beltrán. el_riano@yahoo.com

Hacer visible la vinculación y subsiguiente desvinculación de niños y jóvenes en el conflicto armado colombiano representa un reto para instituciones e investigadores sociales en la medida en que hay que diseñar estrategias adecuadas para la atención de esta población, atención que se ubica en la delgada línea entre la protección, como personas a quienes debe restituirse los derechos vulnerados hasta el momento y la penalización, como sujetos que han cometido delitos frente a la ley.

Tradicionalmente, tanto en las prácticas cotidianas como en las legislativas, la responsabilidad ha tendido a centrarse en la culpa y restauración a nivel individual (Gergen, 1996, McNamee y Gergen, 1999). Sin embargo, para atender adecuadamente la problemática, es necesario tener en cuenta la intrincada relación entre los contextos culturales y políticos y su relación con la conformación de la subjetividad. Por ello, nos hemos propuesto caracterizar los contextos de socialización en los que han estado inmersos los/las jóvenes desvinculados/as del conflicto armado a través de la identificación de sus carreras morales, reconociendo la influencia del contexto en los procesos de desarrollo psicológico y conformación del self (Vygotsky, 1979, Ratner, 1999, Lave & Wegner, 1991).

La noción de carrera moral permite dar cuenta de la manera como el self se construye y transforma a lo largo del ciclo vital de las personas en función de su fluidez a través de los diferentes contextos sociales en los que aquellas se desenvuelven (Lindesmith, Strauss & Denzin, 1999). Puede plantearse entonces, que el

sujeto tiene multiplicidad de carreras, tantas como comunidades de interacción significativa haya tenido a lo largo de su vida.

De otra parte, las carreras son producciones temporal y situacionalmente específicas, lo cual imprime un carácter único a la biografía personal y, además, la liga cultural e históricamente a los sentidos funcionales. Por tanto es posible ver la carrera moral como una acumulación de la narrativa personal, efecto de las interacciones con los diversos mundos simbólicos con los que se interactúa.

Acercándonos a la metodología usada, la exploración de la narrativa y particularmente la narrativa moral, permite estudiar los juicios y la acción moral en situaciones de la vida cotidiana desde una perspectiva interaccionista. Asimismo, la identificación de las carreras morales permite desentrañar los sentidos funcionales – social y políticamente situados – en los diferentes escenarios de socialización que han impactado la subjetividad en relación con las formas de comprensión de sí mismos, del orden social; así como identificar qué tipo de responsabilidad puede construirse en las atmósferas sociomorales (Kohlberg y Higgins, 1987) que caracterizan estos escenarios.¹

Reconstrucción de los escenarios de socialización

Se analizaron diez relatos de vida de jóvenes que eran beneficiarios del Programa de Jóvenes Desvinculados del ICBF. Se tuvo variedad de relatos en género (6 hombres y 4 mujeres), en pertenencia a grupo armado (5 personas de las FARC, 1 del ELN y 4 de las Autodefensas), en

¹Cohen (1995) define como clima moral, que se usa como equivalente a atmósfera moral, las percepciones compartidas acerca de los referentes normativos legítimos en un espacio de interacción que les es común. En el caso de los jóvenes vinculados en el conflicto pueden identificarse dos grandes momentos, que determinan diferentes terrenos en los que se conforman referentes morales: antes y después de la vinculación. Aunque la investigación incluye ambos momentos, el análisis se centra particularmente en los eventos ocurridos previa la desvinculación.

campo de acción (algunos operaban en el campo, otros en la ciudad o experiencias en ambos campos) y en procedencia (Cundinamarca, Valle del Cauca, Cesar, Guaviare, Casanare, Norte de Santander, Antioquia y Meta).

Las categorías proyectadas de análisis se establecieron identificando algunos escenarios significativos de interrelación como: la familia, la escuela, el grupo de pares (en y fuera del grupo armado), grupos u organizaciones políticas, el grupo armado como tal y finalmente, las instituciones que tienen a su cargo el proceso de reincorporación. En cada uno de estos escenarios se exploró su estructura, las características socio morales de lo relacional, conformación de límites y valores, presentación y resolución de conflictos, la conformación de la identidad social y la construcción del *self*.

Las carreras morales de los jóvenes desvinculados:

El flujo de la carrera moral de los/as jóvenes a través de sus tres momentos o fases más visibles – a) la salida del grupo familiar e ingreso al grupo armado, b) la permanencia en el grupo armado y c) la salida del grupo armado y entrada a instituciones de protección del ICBF – dibuja una secuencia coherente que relaciona los cambios y giros con la resolución de sus momentos críticos (Giddens, 1991) a través de los recursos simbólicos y fácticos que estas personas tienen a mano.

Socialización familiar

Desarrollados en un contexto de marginalidad económica y legitimidad de lo ilegal, las familias instituyen para los/las jóvenes sistemas de verdad sobre los patrones de evolución económica, adecuación del yo y manejo de la responsabilidad,

formas de control, resolución de conflicto exogrupal y de participación en lo público (Daza & Zuleta, 1987). Sistemas que perfilan un giro en la carrera moral de los jóvenes con el ingreso al grupo armado.

En el primer tipo de contexto, que llamaré a partir de ahora Tipo I, la consigna familiar que guía la crianza es “la superación”. Estas son familias generalmente con jefatura familiar femenina, carentes de una red de soporte que hace que, en sus momentos críticos, los/las jóvenes vivan en una realidad que les da la sensación de vacío y anonimato (Rozas, 2000). Se desarrolla la sensación de que hay algo impropio o inadecuado en sí mismos/as y, aunado con el estilo de crianza autoritario, los jóvenes comienzan a cultivar un sentido de retaliación que nutre sentimientos de “venganza”. En este caso, existe una tendencia a plegarse a la autoridad por temor y la motivación sigue la misma línea que la de sus padres, la de “la superación”.

En el segundo tipo de contexto familiar, Tipo II, la consigna es “la supervivencia”. Estas son familias con condiciones económicas menos favorables que en el anterior caso, los padres cuentan con menores recursos culturales y educativos para satisfacer los consumos. Los/las jóvenes pueden haber recibido fuertes castigos en su infancia y adolescencia. Probablemente por el hecho de conservar patrones cargados de un sentido cultural más tradicional, estos castigos se entienden en el contexto de “las buenas intenciones” de sus cuidadores; por ello, aunque también existe en ellos una sensación de deuda, esta no se instala directamente en relación con sus cuidadores, sino más bien de la exclusión de la que son víctimas a partir de su incapacidad para satisfacer los consumos. Por ello, la demanda de estos jóvenes es “la inclusión”, la intención de pasar de “la su-

pervivencia” a “la superación” a través de un espacio en que su identidad marginal tenga eco. El pliegue a la autoridad en este caso se da por el “respeto”.

En el tercer tipo de contexto, Tipo III, la consigna es de nuevo “la superación”, pero accionada por familias que buscan mejorar sus condiciones de vida a través de nutrir el capital cultural y educativo. Cuando los/las jóvenes han sido socializados en contextos que permiten el desarrollo de una autonomía ideológica y comportamental, se conserva la necesidad de “la superación” pero como agentes de cambio de sus contextos sociales o políticos. Por efecto de haber sido expuestos a un ambiente donde la pluralidad ideológica es posible, hay un pliegue a la autoridad cuando se comprende el sentido funcional de la norma en el establecimiento de un orden de apoyo del desarrollo social, económico o político. La demanda es entonces “el agenciamiento”.

A partir de las experiencias que observan los/las jóvenes en sus propias carreras por alcanzar estatus socioeconómicos y culturales más favorables, estos/as se ubican en relación con el mundo en una situación de desventaja, o en una situación en que el esfuerzo constante y el “sacrificio” son los baluartes de la acción cotidiana de la vida como una lucha. Por ello, no es extraño encontrar que los padres juzgan la vinculación de sus hijos/as o de ellos mismos en actividades ilegales auspiciadas por los grupos armados como una forma de dar salida a sus propias necesidades transformadas ahora en las de sus hijos/as – las laborales o las de acción política –. La recriminación moral se hace explícita solo en el momento en que tales

actividades se asocian con la privación de la vida, que generalmente es cuando los jóvenes pasan a las zonas urbanas donde pierden contacto con sus familiares, por tanto, tal como también lo señalan Alvarez-Correa & Aguirre (2002) y Human Rights Watch (2004), se anula su capacidad como agentes transformadores de ese giro en la carrera de los jóvenes.

Ingreso y permanencia en el grupo armado

El ingreso al grupo armado significa para los jóvenes la forma más inmediata de entender y transformar el conflicto - en pro de la identidad social - (Rozas, 2000) y a su vez de satisfacer sus necesidades - en pro de la conformación de su identidad personal -.

En los momentos críticos previos al ingreso al grupo armado, el modelo del guerrero (Carvajal, 2001) toma particular importancia por los imaginarios asociados a este como un redentor de los marginales y maltratados, así como de su aparente invulnerabilidad frente al maltrato y el dolor. El guerrero es entonces una representación de la forma en que los jóvenes pueden protegerse de los abusos de los que han sido víctimas también y representa la oportunidad de instaurarse como un ser socialmente reconocido y con poder. Para algunos, se asocia con la posibilidad de sacar adelante proyectos de agenciamiento político (Cairns, 1996).

Con el ingreso al grupo armado, otros jóvenes ven la vía para dar paso a la urgencia por superar su condición económica, para satisfacer su necesidad de inclusión y afiliación. Bajo estas diversas motivaciones e imaginarios es que se da

una de las transformaciones más importantes del self en la carrera moral de los/las jóvenes, la “decisión”² de adoptar el modelo del guerrero para ingresar al grupo armado.

Durante su permanencia en el grupo, los jóvenes develan en su narrativa los flujos que toma la carrera moral en sus diferentes fases, las más visibles pueden reconocerse como: a) el ingreso y adaptación, b) la consolidación del guerrero, c) la desilusión y d) la desvinculación.

Al ingreso, los roles desempeñados por los jóvenes responden de una parte, como lo identifican Alvarez-Correa y Aguirre (2001), a la escala formativa del joven y las necesidades del grupo y, de otra, a las habilidades y motivaciones que han estructurado el *self* durante la socialización primaria. Por ello, por ejemplo, se encuentra que los jóvenes que tuvieron experiencias como comerciantes en sus hogares, entran a las filas de los grupos armados a realizar labores como comercio de armas y tráfico de drogas; los jóvenes que salieron de su hogar por una contraidentificación con los roles maternos se destacan en los grupos armados por su actitud guerrera y desafiante, siendo frecuente encontrarlas en labores de contraguerrilla en las AUC o, en el caso de las personas que tienen antecedentes políticos en su familia, ingresan a ejercer labores como “políticos”.

En el caso de las personas que ingresaron inicialmente como urbanos - en la que los vínculos con el grupo y las actividades realizadas refuerzan sus sentimientos de filiación y comienza a conformarse una red social de apoyo - el reconocimiento de ciertas habilidades

personales de parte de sus superiores y la flexibilidad en las normas permiten que el joven, con relativa facilidad, comience a asumir los modos de justicia, poder y derechos del grupo armado, de tal forma que se facilita una acción moral consecuente con ello, tal como lo supone Blasi, citado por Villegas de Posada (2004).

De otra parte, al comienzo del ingreso en la militancia rural, la disciplina de los entrenamientos con sus horarios, tareas, castigos y entrenamiento en ejecuciones son narrados como el momento más difícil de la permanencia en el grupo. Sin embargo, por efecto de la consistencia diacrónica de la coerción frente a la desobediencia, los jóvenes terminan asumiendo, por efecto de la disonancia cognitiva, (Slutzki, 1994) la ideología de su agresor - protector, es decir del grupo armado. Esta distorsión se manifiesta con claridad cuando los jóvenes con frecuencia narran cómo al realizar las primeras ejecuciones se sentían temerosos y culpables, pero que con el tiempo logran un estadio de insensibilidad y, en ocasiones, de gusto al realizar ejecuciones. Es tal la reconstrucción cognitiva y emocional que incluso el derramamiento de sangre se convierte en un símbolo del poder sobre la vida, como lo describen Restrepo, López y Velez (2000 p 128) “esta imagen opera por metonimia al vehicular la vida misma en estrecho abrazo con la muerte...”.

Tras esta etapa de adaptación comienza para algunos/as un periodo de mayor afianzamiento de la narrativa moral del grupo armado. La disonancia cognitiva cede a favor de la ideología y prácticas que les son propias y comienzan a disfrutarse las ventajas de estar posicio-

² Debe quedar en claro que esa “decisión” no supone un carácter voluntario sino más bien coaccionado o dirigido por los propios límites culturales y sociales del medio en que se desenvuelven los jóvenes.

nados/as ante sus superiores y ante la comunidad como un “guerrero”. Posición desde la que reafirman su necesidad de reconocimiento y poder, particularmente con personas civiles o frente a personas del exogrupo.

Ahora bien, es importante señalar varios contraflujos entre las características de los grupos armados y las demandas de identidad de los jóvenes. La atmósfera socio moral (Kohlberg, 1987) del grupo armado se caracteriza por el totalitarismo, límites verticales altamente jerarquizados, duras sanciones frente a la desobediencia y la traición y existe además una alta valoración cuando se exhiben actitudes de insensibilidad y sevicia en los procesos de ejecución (Alvarez-Correa & Aguirre, 2002; Human Rights Watch, 2004).

Estas características vistas “a vuelo de pájaro” no parecen propicias para que los jóvenes asuman la ideología del grupo en la medida en que no parecieran aportar referentes positivos para la autoestima o la identidad (Tajfel, 1984). Sin embargo, en la sutileza de la diferencia en lo cotidiano se dan los puntos de encuentro e identificación. Por ejemplo, pese a que el proceso formal de politización - es decir de prácticas por las cuales se explica la razón de ser de la participación en el conflicto -, es grosero y superficial, especialmente en las autodefensas, en este mismo grupo, se identifica una fuerte consistencia en algunas normas.

La anterior situación parece tener efectos en una identidad social más estructurada – lo cual se relaciona con la centralidad y permanencia en el tiempo de valores característicos del grupo armado - para los/as jóvenes pertenecientes a las AUC, socializados en los contextos Tipo I y II, quienes se pliegan a la autoridad si se denota en la narrativa de quien la representa

una figura a quien se le debe respeto por tradición o para quienes es importante la coherencia entre medios y fines.

De forma similar, se encuentran identidades más fuertemente estructuradas en las personas socializadas en los contextos Tipo III, pertenecientes a la guerrilla, quienes identifican en la normatividad e ideología del grupo una estrategia organizada y funcional para llevar a cabo transformaciones políticas.

Esto explica cómo incluso a la fecha de la desvinculación, la mayoría de jóvenes asume como la forma más apropiada de controlar las conductas delictivas la eliminación de quien infringe la norma. Estas personas, especialmente las socializadas en los Tipos I y II, justifican la necesidad de que existan grupos al margen de la ley que realicen este trabajo, dado que legalmente no es posible hacer esta tarea, que ellos consideran necesaria para el mantenimiento del orden y la seguridad ciudadana.

Es mediante estas coyunturas simbólicas y de interacción como se dan los procesos de diferenciación (Tajfel, 1984). Como es de esperarse, los valores que se adoptan como guerrilleros y paramilitares se relacionan con la polarización de las valoraciones sobre el exogrupo y el endogrupo, de modo que son aceptables o justificables las ejecuciones y abusos cometidos por el grupo de pertenencia, a la vez que se maximizan los costos de las mismas acciones del exogrupo. Así es como se legitima la violencia extrema y la sevicia en contra de personas del exogrupo, sin importar, o siquiera conocer cuál es su delito. En este contexto, sentimientos como la empatía, la compasión, la solidaridad están completamente anulados para con el exogrupo.

Con el grupo de pares las condi-

ciones son distintas. Aunque susceptibles de cambiar abruptamente por la alta reactividad de los/as jóvenes, entre el grupo de pares sí se dan muestras de valores como la solidaridad y la empatía. Las experiencias afectivas entre pares toman un carácter definitivo en este contexto en el que ellos/as constituyen prácticamente la única red de apego. Pese a que un valor básico para la supervivencia en el grupo armado es la desconfianza, para los jóvenes son muy significativas las muestras de apoyo y solidaridad de parte de sus pares. Pero de igual forma, cuando se presentan conflictos se narran giros importantes, en los que impera la desconfianza y la venganza, especialmente si como antecedente en la socialización primaria se recrearon contextos de rechazo o maltrato.

Como puede observarse, uno de los puntos más interesantes de estas dinámicas es la capacidad de los jóvenes de manejar un repertorio moral ajustado a la audiencia con la que se entienden (Day, 1990). Lo que permite esta aparente discrepancia es el carácter periférico de valores como la solidaridad (Damon, 1984, citado por Villegas de Posada, 2004) y de los cimientos del comportamiento prosocial, ya que son poco funcionales y sí pueden llegar a ser nocivos en un contexto tan lesivo, donde la expresión de las emociones o valores “blandos”³ resulta amenazadora cuando se trata de hacer guerra (Blair & Londoño, 2003; Estrada, Ibarra & Sarmiento, 2003).

Los señalamientos anteriores dan cuenta del hecho de que por efecto de la socialización en y desde el grupo armado, los/as jóvenes diversifican sus roles y transforman sus identidades a través de

múltiples escenarios simbólicos. Algunas de estas transformaciones tienen efectos más permanentes; por ejemplo, cuando más adelante estas personas se enfrentan a contextos que promueven mayor autonomía se dificulta la capacidad de discernir sobre su propia vida porque han sido socializados para la obediencia y existía en el grupo armado un control casi absoluto sobre su existencia y su intimidad.

La desvinculación

Todos los/as jóvenes, tanto los que se entregaron como los que capturaron, narran una fase de crisis de identidad previa a la desvinculación que puede llamarse “la desilusión”, en la medida en que los referentes simbólicos de identidad positiva comienzan a perder el valor de significación (Mead, 1972). Además, esto hace pensar que la estructuración de la narrativa que ocurre para explicar la desvinculación se enriquece con el tiempo, posiblemente a fuerza de tener que justificar en el nuevo contexto, entre diferentes actores institucionales, su proceso, lo cual puede considerarse útil en la resignificación del *self*.

Como eventos críticos desencadenantes de la salida del grupo armado se narran situaciones en que simpatizan con las víctimas de abusos y ejecuciones o en las que su seguridad e integridad está en riesgo inminente — al estar asociadas a la presencia de sentimientos morales recriminatorios sobre las propias acciones y al reconocimiento de que las acciones de los grupos a los que pertenecen constituyen abusos de poder —. Este giro en la narrativa constituye para varios de los jóvenes un primer acercamiento superficial, pero que con

³ Según estas investigadoras la definición tradicional de lo masculino, valores “duros” como fuerza, contención emocional, resistencia, riesgo y agresividad son baluartes en la guerra, donde se contraponen lo “blando” característico de lo femenino como lo relacional, lo sensible, lo emotivo, de cuidado.

el tiempo puede ser mejor elaborado, a la responsabilidad de sus acciones.

Forzados por los hechos, en los casos en que son capturados, o porque la inflexibilidad y autoritarismo del grupo armado no dan cabida o eco a la expresión de las nuevas transformaciones de identidad –como el cuestionamiento de los métodos violentos en contra de la comunidad, el desarrollo de la empatía con víctimas, la ruptura afectiva definitiva con su pareja, entre otros – los jóvenes terminan la carrera objetiva en el grupo armado.

La reinserción

En el periodo entre la desvinculación y la ubicación en el Programa, los/as jóvenes son especialmente vulnerables (Human Rights Watch, 2004). El contacto con diversos actores institucionales los expone a una serie de estigmatizaciones de las que hasta la fecha no habían sido objeto. Mientras estuvieron bajo la protección de la legitimidad del grupo armado, los jóvenes conocían que su participación en el grupo y las actividades realizadas constituían un delito, un delito punible legalmente. Sin embargo, en contactos previos con autoridades militares, siempre encontraron formas estratégicas para evadirse, como usar su minoría de edad y se sentían seguros porque contaban con la protección del grupo armado al que pertenecían.

El ingreso al Programa representa un impacto abrupto. La categoría social de “desvinculado”, está definida por defecto de lo que se fue y, de hecho, supone que se asuma toda una nueva narrativa moral propia de un ciudadano de derechos y deberes, insertado como un ser ético y productivo.

La gran mayoría de los jóvenes se mantiene en el Programa pese a su autén-

tica incomodidad con la situación, porque además de ser la forma en que quedan liberados de deudas judiciales, constituye la mejor opción para su protección porque ahora, especialmente los que se han evadido, son sujetos de persecución por quienes eran su grupo de pertenencia y en ocasiones por otros grupos armados legales e ilegales.

Al ingreso a los centros de atención, los jóvenes se ven obligados a minimizar la polarización categorial del endo y exogrupo, dado que allí conviven personas de diferentes grupos armados. En términos generales las políticas de atención y la calidad de las interrelaciones recrean un contexto de mayor aceptación y posibilidades de desarrollo personal, un contexto potente para generar un sentido de vinculación como sujetos de derechos y deberes.

Sin embargo, la tendencia de las instituciones a invadir la intimidad y supercontrolar la subjetividad, unida a las fracturas que se dan en los diferentes niveles de la organización burocrática - en donde se atienden de forma inconsistente las demandas de los/las jóvenes - reducen de forma importante la potencia del cambio y de hecho, recrean contextos en los que los/las jóvenes no forman un sentido de responsabilidad.

Este nuevo escenario en el que se procura reconectar y fortalecer las redes familiares genera nuevos ámbitos de aceptación potentes para el desarrollo de una responsabilidad social (Berman, 1997): la familia, las instituciones del Programa ayudan a conformar nuevas formas de interrelación más empáticas, a hacerlos moralmente más responsables de sus acciones, induciendo así procesos de reestructuración de la identidad a través de la reestructuración de la narrativa moral y

de las concepciones políticas asociados al grupo armado.

Empero, el proceso de transformación es lento. Quizás en procura de evitar la estigmatización de los/as jóvenes se ha evitado incluir en el Programa y en la atmósfera socio moral estrategias específicas relacionadas con la generación de espacios de reflexión moral y política, así como de una atención más directa sobre los procesos legales.

El tema no es fácil de abordar

porque probablemente aumente el estigma en función de que los/as jóvenes se hagan más resistentes y continúen definiendo su *self* solamente en función de su condición como víctimas; caso en el cual no es posible hablar de una auténtica reinserción. Aunque en principio la connotación de “víctima” es funcional y necesaria para hablar de una política de restitución de derechos, el afianzamiento de este tipo de categorizaciones bajo el contexto de la reinserción - que supone una negación de los vínculos políticos,

por tanto los vínculos de identidad que se tenían - redundan en estigmatizaciones que dan como resultado una reinserción anómica (Riaño, 2001).

Como puede observarse a través del recorrido de la carrera moral de estos/as jóvenes, prácticamente es en el momento del ingreso al Programa cuando comienza el proceso de restitución de derechos vulnerados; es apenas en ese momento cuando los jóvenes comienzan a construir una narrativa moral autorresponsable y transformadora de su subjetividad, gracias a que ahora se desarrollan en contextos de mayor aceptación y donde se da la oportunidad de reconstituir los lazos vinculares que son los embriones del sentido y función del orden social. Sin embargo, como ya se mencionó el proceso no es fácil, por tanto requiere de la combinación de estrategias que permitan a los/as jóvenes pensarse como sujetos de derechos y deberes para aproximarse a una auténtica reinserción social.

Referencias

- Alvarez-Correa G, E. & Aguirre J. B. (2001). *Guerreros sin sombra. Niños y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Bogotá: Procuraduría General de la Nación – ICBF.
- Berman, S. (1997). *Children's social consciousness and the development of social responsibility*. New York: State University of New York Press.
- Blair, E. & Londoño, L. M. (2003). Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres. *Nómadas. Las guerras contemporáneas*. 19. 106-115.
- Cairns, E. (1996). *Children and political violence*. Great Britain: Backwell Publishers.
- Carvajal, G. (2001). Niños y niñas fabricados para la guerra. En. Duran, R (Comp.). *Niñez y Conflicto armado en Colombia*. Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario de la Vicepresidencia de la República y al Fondo de Inversión para la Paz. Bogotá: Comunicaciones y Ediciones Ltda.
- Damon, W. (1998). Political development for a democratic future: a commentary. *Journal of Social Issues*, Vol 54, 3. 621-627.
- Day, J. (1990). The moral audience: On the narrative meation of moral “judgment” and moral “action”. En Tappan, M. B. & Packer, M. J. (Eds.). *Narrative and storytelling: implications for understanding moral development*. USA, California: New directions for chils development - Josey-Bass Inc Publishers. p. 27-42.
- Daza, G. & Zuleta, M. (1997). *Maquinaciones sutiles de la violencia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Estrada, A. M., Ibarra, C. & Sarmiento, E. (2003). Regulación y control de la subjetividad y la vida privada en el contexto del conflicto armado colombiano. En *Revista de Estudios Sociales*, 15, 133-149.
- Human Rights Watch, (2004). *You'll Learn not to cry. Child Combatants in Colombia*. New York: Human Rights Watch.
- Kohlberg, L. (1976). Moral Stages and Moralization: The Cognitive-Development Approach. En Lickona, T. *Moral Development and Behavior*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Kohlberg, L. & Higgins., A. (1987). School Democracy and social interaction. En Kurtines, W. & Gewirtz, J. (Eds). *Moral Development through social interaction*. New Cork: Wiley-Interscience publication. John Wiley & sons. (pp. 102-128).

Lave, J. & Wegner, E. (1991). *Situated Learning: Legitimate Peripheral Participation*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.

Lindesmith, A., Strauss, A. & Denzin, N. (1999). *Social Psychology*. London: Sage.

Mead, G. (1972). *Espíritu, persona, sociedad*. Paidós: Buenos Aires.

Ratner, C. (1999). Three Approaches to Cultural Psychology: A Critique. *Cultural Dynamics*, 11, 7– 31.

Riaño, B. E. (2000). *Descripción del Proceso de Reestructuración de Roles en Personas Migrantes Desplazadas de Zonas Rurales Asentadas en Zonas Urbanas Periféricas de la Ciudad de Bogotá, Colombia*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Rozas, C. F. (2000. julio 15). Consumo, Identidad Social y Violencia. [En línea]. <http://www.ilo.org/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth>.

Sluzki, C. E. (1994). Violencia familiar y violencia política. En Schnitman, D. F. (comp.) *Nuevos Paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.

Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.

Villegas de Posada, M. C. (2004). La acción moral. Contraste entre las explicaciones motivacionales dadas por la filosofía y la psicología. En *Revista de Estudios Sociales*. 18. 27-35.

Vygotsky, L. S. (1979). *El desarrollo de las funciones psicológicas superiores*. Barcelona: Grijalbo.

Zuleta, M. (1999). La subjetivación capitalista. En *Nómadas. Transformaciones de la familia*. 11. 10-28.